

## Los nombres de Venus

En Grecia, no obstante ser la progenitora de la cultura occidental —con su pensamiento inmanente, humanista y racionalista y su arte sujeto a la ley orgánica o naturalista— se conservaron algunos elementos de culturas orientales —con su pensamiento trascendente, teísta y no-racionalista y su arte sujeto a ley geométrica, abstracto o simbólico— y esa mezcla interesantísima se aprecia en ciertos productos como la mitología. En otros términos, los griegos, a pesar de su creciente racionalismo, muestran en sus mitos que todavía supieron soñar colectivamente, y uno de sus más hermosos sueños se llamó Afrodita.

Mejor identificada como Venus —su versión latina— se considera, simplista y comúnmente, el prototipo de belleza femenina —clásica, por supuesto— y la inspiradora y protectora del amor, la creatividad y las artes. Sin embargo, recientemente, cuando volví a mis estudios de iconografía bajo una nueva perspectiva debida a mis incursiones iniciáticas y especialmente al haber conocido el amor, me dije —fuera de cualquier conclusión, deducción o vía intelectual, por mera vivencia convertida a palabras— que toda divinidad del amor tenía que ser polivalente, compleja, hasta contradictoria, una divinidad de vida y muerte. Esta convicción fue para mí prácticamente una hipótesis, aunque muy vaga y quizá más intuitiva de

lo que es usualmente una hipótesis, y de ella partí para abordar diferentes mitos. Lo que expongo aquí son mis actuales descubrimientos en el de Venus.

Mi móvil central eran y son las representaciones plásticas de Venus pero aún no he encontrado suficiente información icónica —y sospecho que no existe— por lo que, para empezar, he optado por tratar la figura venusina mediante textos que brinden motivos visuales —objetos-símbolo, objetos-atributo, colores. . .— así como referencias de imágenes desaparecidas, particularmente de Grecia insular.

Los relatos griegos cuentan sobre el origen de Afrodita que nació del mar, o de la espuma, o que llegó de Pafos, afirmando en general, que procedía de las islas y de Oriente, hecho que la señala como deidad foránea. Las teogonías no la sitúan dentro de ninguna familia, apareciendo en el Olimpo cuando éste se hallaba completamente organizado.

Desde su entrada ejerció fascinación y causó seducciones y celos, afectando aun a Zeus, quien al verse por un lado despreciado como galán, y por otro, urgido a controlar y reglamentar a la advenediza peligrosa, la casó con el más desagradable de los dioses, el deforme Hefestos (Vulcano romano); el matrimonio nunca funcionó aunque de él vinieron al mundo Eros y Anteros. De los amores de Afrodita con Ares (Marte) nació Harmonía; con Hermes (Mercurio), Hermafrodito; con Dionisos (Baco), Himeneo y Príamo; con el humano Anquises, Eneas. Amó tam-

bién a Adonis; conquistó a Paris en el famoso certamen contra Hera —prototipo de esposa— y Atenea —prototipo de sabiduría femenina—. Su afectividad, tanto en predilecciones como en enemistades y odios asumía los grados extremos.

El carácter primigénico de Afrodita emerge de los cultos del santuario principal en Chipre, donde su fiesta mayor incluía actos de amor del rey con una estatua de la diosa o con una representante humana, y tributo de doncellas de ofrecer su cabellera o de ofrendar su persona a una especie de prostitución ritual con extranjeros. Festejo de clara relación con el propiciar la fertilidad de la naturaleza, por lo cual se establece un nexo entre Afrodita y diversas acepciones de la gran madre de Cercano Oriente —Anaitis meda, Atergatis asiria; Allilat, Astarté, entre otros pueblos de la región.

Ahora bien, a su arribo a Grecia y al Olimpo, se torna protagonista de leyendas helenas, mas su personalidad con reminiscencias de diosa madre y la vitalidad que ello comporta, fue demasiado fuerte para acatar la conducta dócil que el padre de los dioses hubiera querido para que no alterara el orden de su reino. Posiblemente por esa personalidad, los múltiples episodios amorosos no la atan a nadie, son en su historia casos pasajeros y sólo sirven para que su prodigalidad se plenifique.

Por otra parte, parece ser peculiaridad de las figuras mitológicas madres por excelencia, el que ellas son —cada una en su contexto— las primeras que dan paso a la cadena de

nacimientos; no son paridas por una madre anterior, sino de algún modo, nacen sin intervención de la unión masculino-femenino. Esto aconteció con Eva, la madre de la tradición judeocristiana y sucedió con Afrodita, surgida de los restos y sangre que cayeron al mar cuando Urano —el cielo— fue mutilado del miembro viril. Por cierto que entre las creaturas más o menos contemporáneas a Afrodita y procreadas de varón, o de algo distinto a madre por fecundación de padre —hombre, espíritu, dios, animal. . .— sólo Atenea tuvo un nacimiento similar, pero en otra línea, pues Zeus la concibió por su fuerza psíquica y la parió de la cabeza, lo que la ubica en la pauta intelectual. Mientras el mito de Atenea maneja poder mental y cerebro, el de Afrodita maneja sangre y pene, ubicándola en la pauta de sexo y progenie.

Más aún que las narraciones, los sobrenombres que Afrodita recibió a lo largo de su trayectoria griega, son una fuente riquísima en la que se patentizan sus abundantes desdoblamientos.<sup>1</sup>

En principio, Afrodita *Urania*, 'la celeste' y *Pandemos*, 'la del pueblo', hablan de dos distintos niveles de comprensión. Afrodita *Anadyomene*, 'que emerge de las olas', *Pelagia*, 'la del mar', refuerzan su procedencia marítima y oriental. Afrodita *Chryse*, 'la dorada', *Basilis*, 'reina', *Pasip-*

<sup>1</sup> Todos los nombres se tomaron de KERENYI, K. *The gods of the greeks*. Thames & Hudson. London. 1961. El original griego se transcribió, el equivalente se pasó a español por traducción libre.

*haesa*, 'que brilla lejos', aluden a su magnetismo y esplendor. Afrodita *Eleemon*, 'piadosa', *Genetyllis*, 'patrona de los nacimientos'; por la piedad y la maternidad le confieren atributos muy cercanos a una madona cristiana. Afrodita *Ambolonga*, 'la que pospone la vejez', la designa señora de la juventud y la madurez.

Los epítetos enlistados a continuación diseñan un bloque con significado compacto y opuesto al inicial. *Melania* y *Melainis*, la negra; *Skotia*, la oscura; *Enoplios*, portadora de armas; *Androphonos*, matadora de hombres; *Persephaesa*, reina del ultramundo; *Tymborichos*, cavadora de tumbas; *Epitymbidia*, que anda sobre sepulturas.

Estas facetas que en apariencia no concuerdan con aquellas como matrona de los alumbramientos, son precisamente el otro polo de la diosa como receptáculo vital, *coincidentia oppositorum* común a las divinidades asociadas con la tierra, en panteones muy distantes (Tlazolteotl, Coatlicue, por referirme únicamente a nuestros mitos). Afrodita es pues, una espléndida síntesis de opuestos; tan brillante y dorada como negra y oscura, tan piadosa como asesina, tan tierna en los partos como fría en las tumbas.

Afrodita *Morpho*, 'de varias formas', dispone a aceptar más cambios de tónica. Afrodita *Kalligloutos* y *Kallipygos*, 'de bellas caderas y asentaderas'; *Anosia*, 'no santa'; *Hetaira* o *Porne*, 'cortesana'; y la voz *aphro-dite*, 'afrodisíaco, placer de amor', enfatizan la modalidad sexual de la divinidad mencionada ya en las cele-

braciones de Pafos y relacionada con la renovación de natura.

Desde el enfoque hermético, puedo asentar que Afrodita es una personificación de la ley de generación.

Los factores sangre y pene presentes para su gestación, que enuncié líneas atrás, la ubican de nacimiento en la pauta sexo y progenie, pero éstos y los nombres citados indican en el vocabulario iniciático —hace muchos siglos— y en el vocabulario del psicoanálisis —hace aproximadamente uno— *generación* en el amplio sentido, no sólo física, sino emocional, mental, espiritual. La energía para generar es *una*; con ella se ama, se engendran hijos, artes, ciencias y las óptimas elaboraciones de la raza humana; con ella se prostituye, se envilece, se aniquila, se destruye.

El conjunto de asociaciones de Afrodita con lo telúrico, el inframundo y las tinieblas, tiene otra implicación en el campo esotérico, la de muerte iniciática; muerte de estados de conciencia, provocada al aspirante a través de pruebas equiparables —de acuerdo al lenguaje simbólico de la alquimia— a desintegraciones, calcinaciones, fermentaciones, putrefacciones, de sí mismo; transformaciones del ser semejantes a las de la obra alquímica para elevarse del plomo-bajeza al oro-sublimación.

A la luz del esoterismo resulta igualmente comprensible que la deidad del amor sea la de la muerte —muerte de amor, o con mayor exactitud, muerte en amor— ya que la

<sup>2</sup> El concepto libídico da una cercana aunque parcial y pobre noción.

unión de un hombre y una mujer es comparable a una muerte, a un dejar de ser, a un fundirse con el otro.

El mito de Afrodita es una clara exposición del proceso iniciático por la ruta del amor hombre-mujer, seguramente la más apasionante de la iniciación.<sup>3</sup> Primera, a su advenimiento al universo de lo mutable, Afrodita adopta una de las dualidades, la femenina. Segundo, requiere del masculino para delimitarse y establecer la otredad. Tercero, Afrodita se enamora y al amar al masculino, se autodesintegra, se calcina, se fermenta, se pudre, se muere, hasta lograr ser temporalmente uno con aquél. Cuarto, después de su experimentación en amores, de tantas muertes y resurrecciones, Afrodita no necesita más el otro, alcanza la meta de la unidad en el androginado; es decir, posee desarrollados y armonizados sus femeninos y masculinos, no sólo sexuales sino cualquier indicio de polaridad —conciencia-masculino e inconciente-femenino. . .

*Aphroditos*, Afrodito, Afrodita barbuda venerada en Chipre, constituye la culminación tanto de la idea de gran madre —que era bisexual—, como de figura con la máxima individuación conseguida por el sendero del amor hombre-mujer. Es un sincretismo de orígenes y finales; de orígenes porque, en tanto gran madre, en momentos precedentes a la diferenciación, concibió sin ninguna ayuda externa y arrancó la rueda de encarnaciones; de finales porque,

andrógina, retorna a la totalidad indiferenciada y cierra el ciclo. Orígenes y finales —e intermedios— pueden convivir dentro del tiempo mítico, como de facto sucede en Afrodita.

Y esto es lo que he aprendido, por ahora, del mito de Venus. Con ello he asimilado parte de las razones profundas de los griegos para entronizarla deidad del impulso creador.

Ludivina Gutiérrez

## Caudillos y Caciques

Este libro<sup>1</sup>, de estilo sencillo y espontáneo, ofrece tesis que indudablemente merecen ser asimiladas y discutidas además de una documentación inusitada.

Fernando Díaz Díaz, con ayuda de algunas categorías weberianas, analiza las manifestaciones que el caudillismo y el caciquismo han tenido a lo largo del siglo XIX a través del estudio de dos figuras ilustrativas de la teoría que presenta: Antonio López de Santa Anna y Juan Álvarez.

Dejando a un lado la distinción que tradicionalmente se ha hecho de los vocablos caudillos y caciques, que clasifica de “buenos” a los primeros y de “malos” a los segundos, el autor se refiere a ellos considerándolos tipos de dominación o de poder que

resultan ser diferentes. La distinción que establece se fundamenta en el alcance de la acción que ejerce uno u otro, local o regional en los caciques y nacional en los caudillos.

Díaz determina características afines a ambas categorías. Por ejemplo, tanto caudillos como caciques buscan obtener la dominación de un grupo social determinado en base a la costumbre, la tradición, la ley o el carisma, y con el objeto de alcanzarla utilizan el oportunismo político, militar o religioso, las cualidades personales y una “clientela” numerosa. Una vez obtenida dicha dominación, caudillos y caciques la sostienen apoyándose en un “séquito” personal, tienen una gran fe en su “tarea política” y usan el poder adquirido para garantizar y aumentar la continuidad de su poder.

Ahora bien, como indudablemente las características comunes señaladas impiden precisar quienes son caudillos y quienes son caciques, Fernando Díaz propone una tipología nueva que determine para el caudillo una mentalidad urbana, obra de proyección nacional, lucha por el cambio social, programa político y tránsito de la dominación carismática a la legal, y para el cacique una mentalidad rural, obra de proyección regional, defensa del *statu quo* y tránsito de la dominación carismática a la tradicional.

La elección de las individualidades históricas para aplicar las categorías propuestas se realizó en base a la amplia cronología de las vidas de Antonio López de Santa Anna y Juan Álvarez así como a la larga du-

<sup>1</sup> Díaz Díaz, Fernando., *Caudillos y Caciques*, Antonio López de Santa Anna y Juan Álvarez México, El Colegio de México, 1972.

<sup>3</sup> *Tantra*, en la tradición yogui.